

UN CUENTO



Una tarde al volver de la escuela oí unos gritos desgarradores que me hicieron correr hacia mi casa: era la abuela, acatarrada y ronca. La habían encontrado muy cerca de las dunas y nos la habían traído. Cuando adapté los ojos a la penumbra de la cocina, vi que estaba llorando desesperadamente. Yo nunca había llorado así; ni si quiera cuando, tras dos años de espera, perdí la ocasión de pasar quince días con papá, por culpa de ella.

– He ido a buscar mi casa, Baraka, hija, pero no la encuentro –me dijo levantando la cabeza al oírme entrar.

Sus gritos eran ásperos y roncacos, pero aumentaron todavía un poco más cuando me preguntó:

– ¿Sabes tú adónde puede haber ido una casa blanca como la nieve, con ventanas en arco y dos enormes tastos de margaritas?

Mi mamá trataba de calmarla, pero ella abrazaba la fotografía de su casita blanca cada vez con más desesperación.

Angustiada yo también, tragué saliva tres veces. A mí me parecía que en vez de saliva eran lágrimas. El primer trago fue amargo; el segundo, suave; el tercero, dulce. Como el amor, como la vida, como la muerte. Eran los tres sabores de nuestro té; los tres sabores de todo el té que me había tomado con mi abuela. Apenas había hablado con ella desde que mi papá se había ido, pero la miré ahora y se me olvidó el enfado.

De repente, la comprendía mejor que nadie: la memoria se le estaba yendo tan deprisa que salía de casa y no sabía volver, ni aunque estuviese en la puerta todavía. Ya ni siquiera pasaba por la escuela para que yo le recordase el camino de vuelta. Se había olvidado también de la escuela. El mundo que soñó con recorrer se borraba por debajo de los enormes tacos de sus zapatillas. No conocía a los vecinos que la habían acompañado hasta nuestra cocina. La casa de la foto, el baúl y yo éramos lo único que no había olvidado. Y lo que hoy le hacía gritar –y me hacía llorar a mí– era que pudiera olvidarse también de esas tres cosas.

– Prométeme, Baraka, que no



La casa

permitirás que me olvide de ti. Ni de esta foto. Ni de esta casa –me decía, ronca de tantas voces.

– ¿Tú sabes dónde está mi casa, Barakita?

– Se ha ido a dar la vuelta al mundo, como habrías hecho tú si estuvieras buena –le susurré yo, con una voz tan floja que no creí que la pudiera escuchar nadie.

Pero ella sí me oyó. Con cara de alivio, le dio un par de besos a la fotografía. Luego susurró algo. Estaba tan afónica que tuve que

leer el movimiento de sus labios.

– Y tú, ¿cómo sabes que está de viaje? –pronunció sin sonido.

No recuerdo muy bien lo que pasó por mi cabeza en ese instante. En los campamentos no hay correo. Ni cartas, ni buzones, ni carteros, pero mi papá me había dicho que en España existen, así que le di unas palmaditas en el hombro y contesté:

– Porque tu casa te ha escrito una carta, abuela. Te la leerá mañana. Hoy me la he dejado olvi-

dada en la escuela.

La vi sonreír y añadí más contenta:

– Algún día perderé hasta la cabeza.

Total, que ni copos de nieve ni nada. Pasé el invierno escribiendo cartas a escondidas. Luego, como había ya muchas palabras que mi abuela no entendía –ni del español siquiera– me tocaba a mí leerlas y explicarlas a la luz de la vela. Ella me escuchaba echándome sonrisas.

Y, así, mientras las noches se hacían más cortas y más frías, yo seguía busca que te busca. Esta vez lo que buscaba eran palabras, frases bonitas para mis cartas o, mejor dicho, para las cartas de la casa de mi abuela, que andaba de viaje por el mundo.

«Querida abuela Bahía... abuela de Baraka, mejor dicho...», escribí.

¡Puag! ¿Qué casa llamaría abuela a su dueña? Supongo que una casa te puede llamar hija, pero abuela...

Chupé la punta del lápiz, me mordí la lengua y pensé que a mi diario no le quedaban ya demasiadas hojas. De todas maneras, ningún profesional del cine habría empezado su película con una casa que llamase abuela a su dueña. Así que taché lo de atrás y comencé de nuevo:

– «Querida amiga Bahía: Soy la casita blanca del Sahara Occidental. La que tiene cúpula. Una cúpula es un tejado redondo, por si no te acuerdas. A tu esposo Abdulá el Lunático, le gustaba tanto el cielo que me hizo el tejado curvo, como en los observatorios astronómicos. Un piloto le había dibujado la casa que tenía en España, y él no descansó hasta que me vio levantada en medio de la bahía. La bahía de Bahía. Una bahía es una entrada del mar en la tierra, por si lo has olvidado.

Espero que, aunque tengas Alzheimer, te acuerdes de mí. Te marchaste de aquí hace 30 años, pero yo a ti si te recuerdo. Nunca fui tan feliz como lo fui contigo y con Abdulá. Y con vuestros hijos, claro, con papá, con tía Fátima, y con tía Zara...».

Tomado del libro «Estás en la luna»
 Autora: Carmen Montalbán
 Ilustrado por Pilar Millán
 Editorial: Kalandraka

ACTIVIDADES

- 1. Busca en la lectura y escribe en tu cuaderno las definiciones de las palabras «cúpula» y «bahía».
- 2. Seguro que tienes algún compañero o compañera árabe, o conoces a alguien que hable esta lengua. Pregúntales y averigua el significado de la palabra «baraka». Pídeles que te la escriban en árabe.
- 3. Imagina que eres la casa de la abuela Bahía. Continúa escribiendo la carta que aparece en el texto y envíanosla al concurso del Grupo Leo.

LIBRO DEL MES



Libro del mes: «Atrapasueños». Autor, Milan Vukotic. Editorial Kalandraka

Lee el libro y realiza estas actividades.

- Resume los capítulos: «La Princesa Yoyó» y «Las canicas». Haz un dibujo de cada uno.
- ¿Qué te ha enseñado este libro?
- Escribe la escena que más te ha gustado.
- Escribe un cuento inventado por ti y ha un dibujo.

Podéis enviar las respuestas por correo. Escribid vuestro nombre y apellidos, curso y colegio a: Grupo Leo (libro del mes). Apartado 3008 (03080 Alicante). Nominaremos a los mejores lectores del trimestre y del curso. Todos los cuentos que enviéis participarán en el concurso literario del Grupo Leo.



GRUPO LEO

¿SABÍAS QUE?

Os recordamos a todos los interesados y a todos los que asistieron durante el curso anterior que estáis invitados a las reuniones que, desde esta página, convoque el Grupo Leo. Muy pronto os informaremos de la fecha de la primera. Como siempre, las actividades de animación a la lectura que organiza el Grupo Leo están abiertas a todos los enseñantes. Quedáis todos invitados a aportar vuestras sugerencias. Recordad que nuestro correo electrónico es: grupoleo@terra.es.

La obra, Carmen Montalbán y Pilar Milán

Baraka es una niña saharauí que vive en uno de los campamentos de refugiados en una jaima con su madre, sus tías y su abuela Bahía enferma de Alzheimer. Debido a esta enfermedad, su abuela va perdiendo poco a poco la memoria, pero se mantiene fiel al recuerdo de la casa que tenía en su país, el Sahara Occidental, y del que fue

expulsada junto a su pueblo. Ahora vive en el desierto, en medio de la nada, en la terrible Hamada argelina.

Esta desmemoria simboliza el olvido del pueblo saharauí que vive desterrado desde hace más de treinta años y que subsiste a duras penas con la esperanza de poder volver algún día a su verdadera tierra.

Carmen Montalbán recrea en este hermoso relato la fascinación que siente por el pueblo saharauí, tan unido a España en un pasado no muy lejano y con el que todos estamos en deuda. Es un libro muy apropiado para chicos y chicas del tercer ciclo de Primaria, muy bien escrito, hermosamente ilustrado y bien publicado.

Carmen Montalbán fue finalista del Premio Felipe Trigo y es autora de la novela «La casa del manzano».

Las acuarelas de Pilar Milán ilustran el libro. Esta ilustradora ha recibido por sus obras el Premio Planeta Agostini, el Premio Duquesa de Alba y el Premio de Ilustración Infantil de la Diputación de Badajoz.